



invitación, encaminase al visitante al conjunto de pabellón y terraza que planeaba. Hasta entonces lo había tenido como terreno inculto, como un apéndice sin función aparente, pero una mañana se detuvo ante él, levantó la mirada, contempló allá lejos la magnitud y esplendor de la vista, desde donde se hallaba hasta la linde con el valle, y en apenas unos segundos vio claro todo lo que debería hacer. Decidió aprovechar los árboles existentes como sombra para determinadas especies y el resto lo diseñó de manera que recordase un jardín inglés, aunque teniendo en cuenta que debía poblarse de plantas autóctonas. Instaló un riego por goteo y la tierra tuvo buena respuesta; de momento no era más que un proyecto en marcha y, además, hasta ese mismo verano no pudo encontrar dinero para atacar el pabellón y la terraza; pero Marcos no era impaciente porque estaba familiarizado con el ritmo de la naturaleza y, por lo tanto, no tenía intención alguna de forzar el crecimiento de su jardín, que ya despuntaba, sino de dejar que aquélla, a su aire y conveniencia, lo convirtiese en su día en el que ahora disfrutaba imaginando. Era un hombre solitario y ésas eran sus aficiones.

El alboroto continuaba y Marcos volvió a distraerse de su trabajo. Trató de fijarse en el grupo para ver si adivinaba lo que sucedía, pues el clamor no tenía visos de apagarse. Por lo general, cualquier situación suscitada se desvanecía en el calor ambiente en unos minutos, pero esta vez parecía extenderse. Entrecerró los ojos para ver mejor. Los hombres se habían agrupado en torno a un mismo punto y hablaban y gesticulaban entre ellos. La excavadora descansaba en un lateral con su brazo articulado caído por delante como en desmayo, y también estaba abandonada la hormigonera. Distinguió al maestro de obras, que era el más recio de todos ellos, levantando los brazos como para alejar o acallar a los demás.

—En fin —murmuró—, si no tienen bastante con la solanera que cae hoy, peor para ellos.

---

El padre de Marcos era quien había plantado las vides cuando un desafortunado asunto de negocios le decidió a retirarse al campo. El caso es que le tomó amor al oficio de viticultor, en parte por influencia de un cuñado suyo, riojano y muy bien relacionado con el mundo de las bodegas de La Rioja logroñesa, y poco a poco fue decantándose hacia la producción de un vino de calidad cuando en Castilla se seguía trabajando la producción a granel para servirla a los bodegueros que realizaban las mezclas. En el proceso completo, de la vid a la botella, fue pionero y también lo fue al introducir la uva Cabernet en la zona. Marcos, que lo acompañaba siempre y se crió en la finca, llegado al fin del bachillerato fue enviado por su padre a estudiar Enología en la Universidad de Dijon, en el corazón de la Borgoña, con lo que su destino quedó sellado y a satisfacción para él. Aún recordaba con emoción el valor simbólico de su primera embotellada, la que le dio la sucesión formal aunque todavía le quedara tiempo por delante para ser efectivamente el sucesor, pues tuvo que descubrir hasta qué punto sus estudios necesitaban completarse con la experiencia de bodeguero de su padre. Fue el único de los hermanos que se dedicó a la viticultura, pero no heredó la finca sino que su madre se la cedió tácitamente para que la siguiera explotando. Las plantaciones eran Tempranillo y Cabernet, pero además Marcos, que no desdenaba conseguir aclimatar algún día la Pinot Noir, recuerdo quizá imborrable de sus días borgoñones, había empezado a experimentar plantando un viñedo de Graciano, de rendimiento más complicado, pero que ya empezaba a apuntar muy buenos resultados aunque aún no fueran suficientes a su gusto y exigencia para decidirse a embotellar la primera añada.

De pronto, Marcos se percató de que estaba inundado de sudor. Confiando en la protección de la sombra de la imponente carrasca bajo la que trabajaba, no había medido su esfuerzo. Tenía la camisa empapada y pegada

al cuerpo y se puso en pie para buscar alivio. Entonces, al dirigir la vista de nuevo al lejano grupo, vio cómo un par de hombres se destacaban del resto y venían hacia él haciendo señas ostentosas para reclamar su atención, así que dejó caer la azadilla, recogió las malas hierbas dispersas fruto de su labor, las echó al carretillo que tenía al borde mismo del sendero de tierra y decidió que por hoy ya había terminado.

Dirigió una mirada a la casa y luego a los viñedos que se extendían delante de ella y respiró hondo, con una especie de nerviosa satisfacción. Su hermano Alfredo, urbanita y cosmopolita, ligado a la banca y jefe nominal, aunque ya no efectivo a raíz de algunas disposiciones interesadas de capital, le repetía con frecuencia que su carácter habría hecho imposible toda forma de vida distinta de la que llevaba hoy en el mundo; y se lo decía con la complacencia de quien ha encajado a un miembro de la familia en el casillero adecuado para evitarse molestias. Marcos pensaba socarronamente que, en realidad, de quien debería ocuparse era de su otro hermano, Joaquín, que era lo que se dice, hablando mal y pronto, un perfecto tarambana y, como todo buen tarambana, tan simpático y seductor de gentes como incapaz de dar un palo al agua con un mínimo de continuidad. De pronto recordó que su madre los había citado a los cuatro (a su hermana Amelia también) para el próximo lunes en su casa de Madrid. Con toda seguridad se trataba de un nuevo problema de familia. Lo cierto era que, de un modo u otro, todos los hijos dependían de la madre y ninguno estaba contento aunque Alfredo, acostumbrado a ejercer de primogénito y gestor hasta que fue discretamente relegado en favor de un equipo asesor y administrador profesional, era quien más lo acusaba. Pero él, Marcos, también tenía graves problemas económicos.

En Septiembre, para la vendimia, Marcos esperaba tener listos el pabellón y la terraza y haber dado un empujón suficiente al jardín de cara a la boda, segunda boda,

de su hermana Amelia, porque, al final, la finca era la elegida como marco de la celebración, por la iglesia familiar adosada a la casa y por la finca en sí.

Los dos hombres venían rodeando la alambrada con la que Marcos protegía su jardín de los conejos y se dirigió hacia ellos por uno de los caminos de tierra, que moría frente a las puertas de la oficina aneja al almacén. Trataba de adivinar qué peregrino asunto los tenía tan excitados pues, a medida que se acercaban pudo advertir, no sin cierta inquietud, que no parecía cosa de poca importancia, no de esos acontecimientos inhabituales en un lugar pequeño que dan pie a alarmas tan aparatosas como exageradas, sino que podía tratarse de un asunto mayor, un corrimiento de tierras en la obra o algo semejante, por lo que apretó el paso.

—Corra usted, don Marcos —dijeron atropellándose los dos hombres—, que dice el maestro que acuda sin perder un minuto.

—Pues ¿qué es lo que pasa? —preguntó él—. ¿Algo grave? ¿Un accidente?

—Peor que eso, don Marcos. Vaya, vaya usted que nosotros lo seguimos.

—Pero ¿no pueden decirme nada?

—Es mejor que usted mismo lo vea.

Marcos echó a andar a paso vivo maldiciendo a los dos hombres mientras una aprensión se le subía al pecho sin poderlo evitar. ¿Qué era lo que no podían decirle? ¿Acaso se venía abajo la idea de levantar el pabellón?

—No quiero ni pensarlo —murmuró.

El maestro de obras ya llegaba a su encuentro.

—Don Marcos, que les he mandado parar por lo que se ha descubierto.

—¿Y qué es lo que se ha descubierto?

—Pues no lo va a creer usted.

—¿Han dado con roca?

—No, señor, mucho más jodido. Es un muerto.

—¿Un qué? —exclamó Marcos atónito.

—Un cadáver, don Marcos —dijo resollando—.

Pero venga usted, venga conmigo. Ya le digo que no lo va usted a creer. No queremos tocar nada hasta que venga el Juez porque es una cosa extraordinaria —y añadió, sinceramente impresionado—: Extraordinaria por demás.